

SOBRE *EL ÚLTIMO GRUMETE DE LA BAQUEDANO* Y ALGO MÁS

*ABOUT EL ÚLTIMO GRUMETE DE LA BAQUEDANO AND
SOMETHING ELSE*

Grínor Rojo
Universidad de Chile
grinorrojo@hotmail.es

RESUMEN:

Este ensayo ofrece una lectura de *El último grumete de la Baquedano* (1941), la *nouvelle* de Francisco Coloane, como una obra alegórica. Leo el viaje de la corbeta Baquedano como un viaje de reafirmación de soberanía que lleva a cabo la patria chilena de la mitad del siglo XX por su territorio y por su historia. En la *nouvelle* de Coloane esto se combina con una *Bildungsroman* clásica, en la que lo que se cuenta es la historia de un niño que se convierte primero en un adolescente, y por último en un ciudadano-soldado (“pueblo-en-armas”) al servicio del Estado-nación. He agregado un comentario sobre *Los conquistadores de la Antártida* (1945), que consistentemente continúa y expande la postura ideológica del trabajo anterior del autor.

PALABRAS CLAVE: Alegoría, Bildungsroman, soberanía, ciudadano-soldado, “pueblo-en-armas”, Estado-nación.

ABSTRACT:

This essay offers a reading of *El último grumete de la Baquedano* (1941), the *nouvelle* by Francisco Coloane, as an allegorical work. I read the trip of the corvette Baquedano as a trip of reaffirmation of sovereignty, performed by the Chilean fatherland of the mid-20th century on its territory and history. In Coloane's *nouvelle* that theme is combined with a classic *Bildungsroman* in which what is being told is the story of a boy who becomes an adolescent, and finally a citizen-soldier (“people-in-arms”) at the service of the nation-state. I have added a commentary on *Los conquistadores de la Antártida* (1945), which consistently continues and expands the ideological standing of the author's previous work.

KEY WORDS: Allegory, Bildungsroman, sovereignty, citizen-soldier, 'people-in-arms', Nation-state.

Recibido: 22/06/2009 Aceptado: 20/09/2009

“Todo discurso es la representación semiótica de una ideología, entendida ésta a la manera althusseriana, como la experiencia misma, como ‘lo vivido’”
 “Tesis 7”. *Diez tesis sobre la crítica*

“La literatura es o puede ser un instrumento para el conocimiento *de una cierta verdad* del mundo”
 “La identidad y la literatura”

En las *Odas* de Horacio, la número XIV, que pertenece al Libro I, contiene una alegoría que, según afirman los especialistas en el campo, se inspira en el poeta griego Alceo y compara, si es que vamos a concederles crédito a los dichos de uno de sus traductores al español, “el Estado con una nave zarandeada por las tormentas y le exhorta [al Estado, claro está] a permanecer seguro al abrigo de algún puerto” (30). Pongo esta doble cita en el comienzo de mi trabajo acerca de *El último grumete de la Baquedano* de nuestro Francisco Coloane porque también en el caso de esta *nouvelle* chilena a mí me parece que nos encontramos frente a una alegoría, con los rasgos de generalidad abstracta y de continuidad y complejidad metafóricas que son característicos de la figura retórica en cuestión. Y, en segundo lugar, porque nosotros vamos a ver reproducirse en la obra de Coloane, con rigurosa exactitud, cada uno de los términos del constructo alegórico horaciano: la nave, que es el Estado (la *res publica* es lo que escribe Horacio en latín); las tormentas, que son las crisis que la república se ve obligada a sufrir en el curso de su travesía histórica; y el puerto, que es el sitio de la paz¹.

Haya tenido o no presente Francisco Coloane la raigambre clásica de su obra (y lo más probable es que no), lo definitivo es que ella pone en movimiento, de nuevo y en esta oportunidad para beneficio de la literatura chilena, una forma de gran recurrencia y considerable prestigio en la tradición de Occidente. Es más: demuestra a las claras no sólo que los intertextos tradicionales son formas vivas, que existen y gravitan sobre la literatura posterior e incluso sobre la literatura periférica posterior –aunque no tengan que constituir por eso influencias–, sino que es quizás en virtud de ellos que *El último grumete de la Baquedano* es harto más que el relato infantil, ingenuo y un poco bobo, que la crítica ha querido ver prácticamente desde que la obra se publicó por primera vez (de hecho, partió ganando un concurso de literatura

¹ Por cierto, todo esto es también remontable al arquetipo de los arquetipos: a la nave de Ulises.

para niños)². Muy lejos de eso, yo sostengo que *El último grumete de la Baquedano* construye, además de una alegoría del Estado, una del Estado-nación, y entendido éste a la manera moderna, revolucionaria y napoleónica, como el “pueblo en armas”, para decirlo con la fórmula que consagra la emergencia en la historia del ciudadano-soldado. He ahí al pueblo vestido de uniforme, que no obedece ya a un monarca sino a esa cosa tan abstracta y al mismo tiempo tan concreta que denominamos la patria.

El viaje de la vieja corbeta Baquedano en la obra de Coloane puede leerse, en consecuencia, como el viaje de reconocimiento que realiza la patria chilena de la primera mitad del siglo XX por su territorio y por su historia³. Por su territorio, en tanto el que la Baquedano lleva a cabo es un periplo que se extiende desde la costa centro hasta la costa sur del país y que debido a eso cubre (y une) la región penquista a la patagónica de nuestra geografía, llegando hasta el “peñón agreste y solitario a donde iban a romperse las enormes olas de los dos océanos en el fin de la América” (109), y por su historia, en la medida en que dicho periplo no es más que uno entre muchos, los que se sucedieron en el pasado y se seguirán sucediendo en el futuro. Durante la lectura de la Orden del Día, que sigue a la tormenta durante la cual pierde la vida el marinero primero Juan Bautista Cárcamo, en “acto de servicio”, “cumpliendo con su deber”, y en la que por ello se le rinden los honores del caso, con la “citación” correspondiente, el “minuto de silencio” y el “toque de la corneta” que ordena el segundo comandante, siendo así elevado a la categoría de héroe, el viejo sargento Escobedo, quien es la voz histórico-mítica del buque, recuerda: “en esa misma posición había estado otras veces, en otros mares y latitudes, a bordo de ese mismo barco, despidiendo a otros compañeros desaparecidos” (81-2).

Es pues el que el sargento Escobedo describe en ese instante el destino común de todos aquellos que han entregado sus vidas en el servicio de la patria chilena, por su gloria o, como en esta circunstancia, para salvarla del peligro. Pero tales muertes habrán sido útiles además en un segundo y más arcaico sentido, como un factor de cohesión entre quienes sobreviven al mártir que se sacrifica. Comenta el narrador, hablando ahora desde la conciencia de su protagonista: “Alejandro revivió la visión del marinero que se perdió entre la noche y el mar con el cuchillo reluciente apretado

² “*El último grumete de la Baquedano y Los conquistadores de la Antártida* son novelitas leves, ingenuas, agradables, insignificantes”. Carlos Droguett. “Francisco Coloane o la séptima parte visible”. *Mensaje*, 235 (1974), 622.

³ Esta lectura nuestra de la *nouvelle* se corresponde, además, con su verdad histórica. La corbeta Baquedano, un velero bergantín, fue el primer buque de la Armada de Chile construido con el fin de cumplir funciones de buque escuela de guardiamarinas. Sirvió entre 1899 y 1936, y su último viaje lo hizo recorriendo la costa de nuestro país.

entre los dientes, y algo nuevo sintió en su interior: un sentimiento de solidaridad, de unión con esos doscientos noventa y nueve hombres y ese barco. Todos eran una sola cosa ante el recuerdo del valiente camarada muerto” (81). La experiencia epifánica de Alejandro no se presta, como vemos, para una segunda interpretación. La muerte de Cárcamo, su incorporación al panteón de los héroes-mártires y la función generadora de unidad que esa muerte sacrificial tiene en los tripulantes de la Baquedano acumula cada uno de los rasgos que definen un martirologio. El mismo instala en la conciencia del protagonista del relato, tanto como en la de sus camaradas, la certeza de pertenecer a la compacta legión de aquellos que están listos para correr igual destino.

Hablamos, por lo tanto, de una patria que en la *nouvelle* de Francisco Coloane se halla constituida por un espacio simbólico, el que aquí es la añosa corbeta que surca las aguas de los mares chilenos del sur, y unos hombres, porque la de Coloane es una patria exclusiva y excluyentemente de hombres (en la *nouvelle* aparece una mujer solamente, la madre de Alejandro, y una madre yo me atrevería a decir que caricaturizada de acuerdo a los códigos sentimentales del melodrama⁴). Desde este punto de vista, la anécdota central de *El último grumete de la Baquedano* resulta ser la de cómo esos hombres se relacionan entre ellos en el interior de ese espacio, cómo se articulan dentro de un cuerpo en el que no existen ni se tolerarían fisuras, en el que son “una misma cosa”, y cómo después de articularse en ese cuerpo se enfrentan (o se preparan para el enfrentamiento) con lo que no es ellos: con una naturaleza bravía, en primer término, y con unos “otros”, quienesquiera que éstos sean, en el segundo. El desenlace de la anécdota consiste, por lo tanto, debe consistir, en el triunfo del mundo humano por sobre el mundo natural, aparejado éste al triunfo (o, al menos, a la demarcación nítida) de los unos –los chilenos: su identidad– respecto de la identidad de los otros, es decir respecto de la identidad de los otros que no son los chilenos, los que o no tienen ni territorio ni memoria o la que tienen es inaccesible, pudiendo así reducirse los, a ellos también, al estado de naturaleza.

El ejemplo extremo que la *nouvelle* nos ofrece de esta operación reductora del otro es su percepción, de un etnocentrismo sin reticencias, que a la sensibilidad de hoy no puede menos que resultarle inadmisibile, de los alacalufes. Es un etnocentrismo

⁴ La recurrencia a la estética del melodrama no corre de cuenta de Coloane únicamente, en su retrato de la madre abnegada, sino que también explica la inocentada de la película que se hizo en los años ochenta y que “enriqueció” la historia de Alejandro Silva con una torpeza digna de mejor causa, introduciendo en ella un idilio entre éste y una muchacha puntarenense. No entendieron, o mejor dicho le sacaron el cuerpo, los realizadores del *film*, al machismo radical, el de la patria como una patria sólo de hombres, que la *nouvelle* escenifica.

que el narrador no condena directamente, aunque se distancie de él recurriendo a la voz de “un marinero” anónimo y que habla “por lo bajo”:

-¡Canallas! –expresó aquél–. Cambiaron la pirámide de una isla a otra para hacer equivocarse a los capitanes de barcos y encallar las naves; avise inmediatamente a las radioestaciones y a los barcos que navegan en la ruta.

-¡También vienen otros a robarle sus pieles de nutria! –comentó un marinero por lo bajo.

Los alacalufes son considerados la raza más atrasada de la tierra; viven en los canales comiendo lobos y peces, y tenían esta costumbre criminal de cambiar las balizas para hacer encallar a los buques y robar cuanto pillaban (96).

¿A qué voz tenemos que creerle nosotros los lectores de este pasaje? ¿A la voz discrepante, “por lo bajo”, del marinero anónimo o a la del narrador, a quien conocemos y en quien confiamos porque nos ha venido acompañando desde el principio de nuestra lectura?

Además, la macroanécdota de soberanía e identidad nacionales que Coloane desenvuelve en *El último grumete de la Baquedano* él la combina y compatibiliza con otra, con una historia de aprendizaje que adoptará la forma de una *Bildungsroman* clásica y cuyo antecedente intertextual más relevante bien pudiera ser *Moby Dick*, la famosa novela de Melville o, para ser más preciso, la figura del narrador de *Moby Dick*, el joven Ishmael, quien, como lo saben todos los lectores de aquel relato maestro, se embarca en el también viejo velero Pequod llevado por su deseo de “ballenear” (*whaling*) y “ver el mundo”. En nuestro caso, el personaje correspondiente es Alejandro Silva, el que se esconde en las “entrañas” de la Baquedano (con esta palabra precisamente se dará a conocer con posterioridad la salida del polizón desde su escondite a la cubierta, salida que por ende deviene en una suerte de parto simbólico) y quien, a no mucho andar, de una manera que no es demasiado verosímil, pero en lo que nosotros no reparamos porque no tenemos interés en desestabilizar el pacto de lectura, logra convertirse en el número trescientos uno de sus tripulantes, en el “último grumete de la Baquedano”.

El aprendizaje de Alejandro Silva es así el de un niño que está en el camino de dejar de serlo, para transformarse en un adulto con las características integradoras que el despliegue de semejante transformación adopta en los relatos clásicos del género. Género éste al que, aparte de haberlo asumido de esa manera ortodoxa, Coloane le da una vuelta de tuerca más, resignificándolo con las características de un manual para la educación de los jóvenes que consagran sus vidas al servicio del Estado-nación. Por eso, el llegar a ser un adulto se halla asociado en Silva al proceso de su ingreso no en cualquier comunidad sino en la revolucionaria y napoleónica (republicana, entre nosotros), que es mucho más que la comunidad nacional porque es el pueblo investido con el poder de las armas, son aquéllos para los cuales el Estado-nación

constituye un bien supremo, que se encuentra por encima de todos los demás. Es este un cruce, por decirlo de una manera sintética, desde la libre irresponsabilidad de la infancia a la políticamente comprometida responsabilidad de la madurez y cuya culminación presupone, ni siquiera hace falta que yo lo subraye, ciertas obligaciones (la disposición para ofrendarle la vida a la patria cuando ella así lo requiere es la más importante de todas, por supuesto) y ciertos derechos (siendo la pertenencia al conjunto de los iguales el principal entre ellos).

Conviene que nos fijemos ahora en la motivación que pone en marcha las acciones del protagonista de *El último grumete de la Baquedano*. Alejandro Silva se embarca en el puerto de Talcahuano declaradamente para “hacerse hombre” (22); pero además para “encontrar a su hermano” (*Ibid.*), quien se fue del hogar hace ya varios años y de quien se tiene noticias de que está viviendo en Punta Arenas. Son hijos ambos de la viuda de un marino, o sea que son los hijos de una casa que carece de padre y en la que quien debió suplir esa ausencia no lo hizo, lo que por interpósita persona convierte la búsqueda del menor de los Silva en una búsqueda del padre desaparecido. Alejandro Silva da por fin con su hermano-padre, pero sólo para perderlo muy poco después y en esta ocasión definitivamente. Con esa pérdida, que es materia del capítulo XII de la *nouvelle*, él cubre el penúltimo peldaño en el proceso de su crecimiento. El modelo psicoanalítico para la constitución del sujeto resulta entonces aplicable a su trayectoria, si se tienen en cuenta estos datos, lo que no impide que también pueda vérselo como el producto, creo yo, de una pequeña pero significativa modificación. El padre de los Silva fue un marino que murió como tal, “en el naufragio del ‘Angamos’” (19); el hermano mayor ha sido un hijo rebelde, que ha rehuido la obligación de reemplazarlo tanto en su profesión como a la cabeza del hogar, mientras que el menor está empeñado en recomponer la continuidad que se ha roto por ese motivo. La apuesta del joven Silva consiste, por consiguiente, en este nivel de la *nouvelle*, en la reafirmación del orden familiar burgués, el que desde el punto de vista de la ideología subyacente a la obra constituye un estado de cosas estimable y que no se contradice (que incluso podría ser coadyuvante) con el principio de los principios: el de la consagración de la vida a la patria.

Pero para llegar hasta ese punto el joven Silva habrá tenido que someterse a un proceso largo, compuesto de “luchas duras y aventuras peligrosas” (Lukács, 132), proceso que, según sabemos, es el que decreta y codifica la norma genérica. Este tiene, en la *nouvelle* de Coloane, un desarrollo formal y otro profundo. El formal concluye en el capítulo III con la adquisición, por parte de Alejandro Silva, de su atuendo de grumete:

Durante la mañana pasó por todas las disposiciones reglamentarias: filiación, examen médico, corte de pelo al ras y, por último, lo llevaron al pañol de popa,

donde le entregaron su uniforme de dril para el servicio y de paño azul para la salida, ropa blanca, alpargata y zapatos.

Cuando vestido de grumete, con su pequeño gorro blanco de faena, subió a cubierta para presentarse a sus superiores, una intensa emoción lo embargaba. Se sentía marino, su gran sueño; la sangre de su padre revivía en el océano. Hinchó, orgulloso, el pecho con el aire salino, miró la esbelta proa de su buque, y se dio cuenta de que, después de su madre, lo que más amaba era la gloriosa corbeta.

La vieja nave pareció tener alma, pues levantó su bello mascarón de proa oteando los lejanos horizontes y emprendió con nuevos bríos su carrera entre el jardín de espumas y olas del océano. En plena mar le había nacido un hijo más en su viaje postrero: Alejandro Silva, “el último grumete” de “La Baquedano”, brotando desde sus entrañas como del oscuro fondo oceánico (37-8).

Esta escena completa el segundo nacimiento de Silva (a la Baquedano “le había nacido un hijo más”, vástago azaroso del matrimonio entre la nave y el océano: “la sangre de su padre revivía en el océano”). Nacimiento imprevisto de todas maneras, que comienza con el desplazamiento del polizonte niño desde las “entrañas” de la nave hasta su cubierta y culmina en este instante, que es cuando ya de uniforme el ahora muchacho echa a andar la secuencia de acciones que en su conjunto darán forma a la ruta que debiera llevarlo hasta su plenitud adulta. Está compuesta esa secuencia por cuatro episodios principales, según la lectura que yo hago del texto. El primero sobreviene durante la tormenta, que es la que abastece al joven Alejandro Silva con los peligros que le permitirán probarse a sí mismo en la severidad de una crisis, como un igual entre iguales (en el capítulo VI, donde hay también una hermosa insistencia en que las situaciones críticas tienen un *plus* democrático, dando origen a un desvanecimiento de las jerarquías e incluso en el marco de ese orden tan fuertemente verticalizado que es la marina de guerra. De paso y en este mismo sentido, obsérvese que los marinos de Coloane son, casi todos ellos, suboficiales y clases. Los oficiales o no aparecen o si es que lo hacen ello es sólo fantasmagóricamente); el segundo se produce durante la ceremonia de homenaje al marinero inmolido, en la que Alejandro Silva tiene la iluminación epifánica de la existencia del grupo y de su pertenencia a él, algo a lo que yo me referí más arriba (79-82); el tercero, en el encuentro y despedida del hermano perdido; y el cuarto, ya en las líneas de cierre, en la también despedida entre Alejandro y el sargento Escobedo.

Todo lo cual forma parte, por supuesto, de una estructuración narrativa canónica. Eso que se nos refiere en *El último grumete de la Baquedano* es, al fin de cuentas, la historia del agregarse de este joven chileno a la grey de los devotos de la religión de la patria, de los que no sólo son nacionales sino defensores y custodios de la nacionalidad, diferentes por eso de una manera absoluta a “los otros”, a esos

otros que presuntamente no poseen ni territorio ni memoria y que son, por lo mismo, naturaleza y nada más.

Más interesante, en consecuencia, pero también en esta dirección, es que nos detengamos en el significado último del encuentro de Alejandro Silva con el hermano-padre perdido. Cuando Alejandro se topa con él, se entera de que éste ha empujado su alejamiento hasta un grado más transgresor que el meramente doméstico; que ha decidido abandonar por completo el mundo de los chilenos “blancos”, “pasándose” al mundo de los que no lo son. Se trata de una segunda y más grave renuncia suya al orden-de-lo-que-debiera ser y, por consiguiente, de una opción de existencia que diverge esencialmente de la del hermano menor. Su símbolo, en la conversación que los hermanos sostienen en el capítulo XII y a través de una imagen recurrente en Coloane (Carlos Droguett se ha engolosinado en ello basándose en varios de sus cuentos⁵), es el témpano que se da vueltas en el mar. Puede ocurrir, y ocurre, como en este caso, que tales “vueltas” se verifiquen también en las vidas de los hombres. Pero hay algo más: Manuel Silva, el hermano que *has gone wild o bush*, el que se ha “pasado” desde el mundo de los chilenos hacia el de los yaganes, no lo ha hecho para convertirse en uno más de ellos, sino que está construyendo junto con ellos un nuevo cuerpo social, un tipo alternativo de civilización. De pronto, nos damos cuenta de que ha penetrado en el texto de la *nouvelle* un segundo discurso, en el que se nos dice que lo cierto es que “los otros” no son el pueblo sin territorio y sin memoria o con una memoria inaccesible que nosotros habíamos creído, sino una comunidad y una comunidad civilizada, cuyos códigos de conducta son distintos a y hasta pudiera ser que mejores que los nuestros. El nombre del lugar en que habitan Manuel y los yaganes lo dice todo. Es “El paraíso de las nutrias”.

Sin perjuicio de las resonancias primitivistas que pueden detectarse en todo esto, de Chateaubriand a Gauguin, a Rider Haggard y a Edgar Rice Burroughs, y de cuya gravitación Coloane se hace acreedor es muy posible que sin pensarlo demasiado, hay, en mi opinión, en esta parte de su *nouvelle*, un cuestionamiento implícito a la oposición binaria que fue y que en algunos cotarros de recalcitrantes continúa siendo la arquetípica en la edificación y la mantención de las nacionalidades latinoamericanas y, por cierto, también de la chilena. Me refiero a la oposición entre civilización y barbarie. Francisco Coloane es, hacia el fin de su *nouvelle*, un escritor chileno que, para el despliegue de su trabajo narrativo, a mediados del siglo XX, echa mano también de ese binarismo asaz problemático (en la escena literaria latinoamericana que le es contemporánea, bastaría pensar en la célebre *Doña Bárbara*, del venezolano Rómulo Gallegos, que se publicó doce años antes), aunque no para

⁵ Droguett, “Francisco Coloane...”, 629-30.

suscribirlo sino para replanteárselo críticamente, eso primero, y para desconstruir sus fundamentos después. El capítulo XI, el de la visita de Alejandro Silva al refugio de los yaganes, contiene, entonces, si bien se lo mira, una clave de comprensión que rectifica (o profundiza) el criterio enunciado en sordina en el episodio de los alacalufes, desafiando, esta vez abiertamente, la tesis sarmientina. El de los yaganes es, en efecto, un universo organizado y feliz:

“Les he enseñado a leer, a hacer herramientas y a ser buenos y nobles como en la sociedad más civilizada.

“Vivimos felices, y ya me he acostumbrado tanto a esta vida, que creo que jamás saldré de “El paraíso de las nutrias” (120-1).

Cuando Alejandro Silva arriba al “paraíso” de marras, descubre que está teniendo lugar en él “una ceremonia que consiste en conceder el derecho que las tradiciones de la tribu dan al hombre cuando los niños llegan a doce años” (122-3). Es decir que lo que está sucediendo en ese momento, en el *locus amoenus* de los indígenas, replica, aunque en un registro cultural distinto, lo que nosotros hemos leído anteriormente en la misma narración acerca de los avatares que le ocurren durante su periplo iniciático al propio Alejandro Silva. Se trata casi de una *mise en abyme*, pero es más bien un efecto especular y, hasta cierto punto, de contraste. Cualquiera sea el margen de la “diferencia”, en esa tribu yagana el paso de la niñez a la edad adulta constituye también motivo de rito.

Un rito ancestral, por lo demás. Ciertamente, el chileno blanco les ha enseñado a los yaganes a leer, a usar herramientas y a ser “buenos y nobles”, lo que a la sensibilidad contemporánea sobre estos asuntos le despierta, como he dicho, una repelencia no menor. Sin embargo, no los ha despojado, al entregarles todo eso, de su cultura propia, que es lo que la ceremonia aludida pone de manifiesto. No estamos así frente a un proceso “aculturador”, en el sentido de privación que los antropólogos suelen darle a ese vocablo. El rito de iniciación yagán que Alejandro contempla lo demuestra: “Los yaganes tienen muy hermosas tradiciones”, sentencia su hermano Manuel, y continúa con una charla semi-etnográfica acerca de las costumbres de la tribu (126), la que por lo mismo delata su posición personal, adentro y afuera al mismo tiempo, *vis-à-vis* el mundo y la cultura indígenas. Respeto, convivencia incluso (Manuel ha reconstruido ahí un nuevo orden familiar, por ejemplo), pero sin que eso acarree (con) fusión. Concluimos que el modelo de sociedad ideal que Coloane nos ofrece finalmente, en el capítulo XI de *El último grumete de la Baquedano*, nos muestra un mestizaje a medias, que no acaba de ser una mezcla genuina, con todos los problemas de rearticulación homogeneizadora pero también rehegemonizadora que ello involucra y que tantas

molestias genera en sus detractores de las últimas décadas⁶. Con todo, yo opino que sentar el mestizaje del autor de *El último grumete de la Baquedano* en el banquillo de los acusados, acudiendo para ello a los servicios de los presupuestos ideológicos de la actualidad, además de incurrir en una maniobra deshistorizada y no del mejor gusto, nos obligaría a barrer con lo más progresista que en torno a la cuestión indígena fue capaz de producir el pensamiento latinoamericano de la primera mitad del siglo XX. Es en la huella de ese pensamiento, entonces, cuyo asimilacionismo envió, como quiera que sea, al patio de atrás el planteo etnocida decimonónico (el del benemérito Benjamín Vicuña Mackenna, sin ir más lejos), que Francisco Coloane suma su voto a la postura de reivindicación del ser mestizo.

Retrocedo ahora hacia la imagen de la Baquedano y observo que la primera descripción que Coloane nos da de ella es la siguiente:

Era el último viaje de este hermoso barco. Después de educar a su bordo a numerosas generaciones de oficiales, suboficiales y marineros para la Marina

⁶ El más duro, pero también el más persuasivo, de los críticos actuales de la ideología del mestizaje es Antonio Cornejo Polar: “Se obtiene un efecto similar a través del empleo del concepto de mestizaje, sobre todo cuando detrás de él se oculta la apropiación por el sector social dominante de algunos componentes referenciales, formales o simbólicos propios de los estratos subordinados; tal vez algún episodio de la historia antigua, probablemente ciertos giros lingüísticos, quizás algún uso pintoresco. Es frecuente, por lo demás, que el concepto de mestizaje ponga en movimiento, aun hoy, criterios irreparablemente obsoletos, como los que derivan de la ‘psicología de las razas’, y hasta extrapolaciones del ‘significado de la naturaleza’ como instancia explicativa del comportamiento de los grupos sociales oprimidos; así, por ejemplo, el temple nostálgico de la literatura andina provendría del desolado paisaje altiplánico, o el humor sensual de la literatura costeña de Ecuador o Perú sería producto del espíritu burlón e igualmente sensual de la raza negra, etc. De esta manera la unidad imaginada por la ideología del mestizaje es, en el mejor de los casos, una unidad gravemente desarmónica, pues la estructura dominante no se altera de manera sustancial, y tiende en forma casi inevitable hacia la desconflictivización de las relaciones sociales y de sus representaciones literarias”. “Para una agenda problemática de la crítica literaria latinoamericana: diseño preliminar” en *Sobre literatura y crítica latinoamericanas*. Caracas: Ediciones de la Facultad de Humanidades y Educación. Universidad Central de Venezuela, 1982, pp. 37-8. Y en uno de sus últimos escritos: “Varias veces he comentado que el concepto de mestizaje, pese a su tradición y prestigio, es el que falsifica de una manera más drástica la condición de nuestra cultura y literatura. En efecto lo que hace es ofrecer imágenes armónicas de lo que obviamente es desgajado y beligerante, proponiendo figuraciones que en el fondo sólo son pertinentes a quienes conviene imaginar nuestras sociedades como tersos y nada conflictivos espacios de convivencia”. “Mestizaje e hibridez: los riesgos de las metáforas. Apuntes”. *Revista Iberoamericana*, 180 (1997), 341.

chilena, la Superioridad Naval había dispuesto que realizara ese último cruce-ro hasta el Cabo de Hornos, para proceder, a su vuelta, al desguazamiento de la nave, en razón de que, envejecida en sus luchas con los mares de todas las latitudes, ya no ofrecía seguridades para la navegación en las peligrosas rutas que tienen que surcar los marinos de guerra (16).

Y más adelante, habiendo ya fondeado la nave en Puerto Refugio:

En el centro de la bahía, “la Baquedano” descansaba como un animal mojado, como un caballo sudado que hubiera galopado leguas y leguas. Las velas colgaban de los mástiles, mojadas, inertes, como brazos caídos; en la proa se secaban los foques, semejando esos pañuelos que les ponen en la frente a los enfermos enfebrecidos.

Y ahí mismo este intercambio:

-¡La “Chancha” parece una boya, por lo buena para la mar! –dijo Alejandro, mientras ayudaba a un compañero a extender una vela del trinquete en el castillo.

-¡Y casi lo es! –respondió aquél, y continuó–: Tiene triple fondo, primero el casco de hierro, luego una gruesa capa de madera especial, impermeable, dura y liviana como un corcho, y, por último, encima de todo, una revestidura de planchas de cobre para que no penetre la broma. Ésta no se hunde sino a pedazos –terminó el grumete (79-80).

De las citas anteriores, se puede inferir: i) Que la Baquedano es una nave sólida, “de triple fondo”, como asevera el orgulloso grumete, por lo que ha sido capaz de sortear a lo largo de muchos años tempestades difíciles y múltiples; ii) Que no obstante ello ha cumplido a esas alturas con su misión histórica. Esto quiere decir que la ley de la vida la ha hecho envejecer y está cansada (el buque histórico tenía ya a su haber, en efecto, casi cuarenta años de servicio), por lo que es necesario reemplazarla; iii) Que lo que el nuevo tiempo histórico exige es una nave más segura; y iv) Que el cambio que debiera producirse con el advenimiento de ese nuevo tiempo histórico tiene que ser un cambio a la manera del río heracliteano, que no por introducir la diferencia destruya la continuidad.

En otras palabras: la patria de Francisco Coloane es sólida, “de triple fondo”, “no se hunde sino en pedazos”, pero es menester renovarla cada cierto tiempo, pero en el entendido de que ello es algo que se hace sólo para que esa patria continúe siendo la que es. Si a lo anterior nosotros le agregamos el recuerdo de la misión familiar de Alejandro Silva, que como se indicó más arriba consiste en el reestablecimiento de la continuidad al interior de espacio doméstico burgués, uniendo ese recuerdo a la escena final de la *nouvelle*, cuando Alejandro visita al sargento Escobedo en el hospital y a

los comentarios del narrador a propósito de la visita, la figura se redondea. Un padre marino ha muerto “cumpliendo con su deber”, en un naufragio, y un hijo marino lo reemplaza. El sargento Escobedo ha completado su ciclo y el joven Silva lo sucede. La gravitación del principio heraclíteano se constata en ambos espacios, el privado y el público. El viejo sargento “carpintero” y el futuro “telegrafista” (tampoco tendría que pasarse por alto el ascenso de categoría de un oficio a otro, puesto que publicita inicialmente un cierto progreso de la cultura nacional de mediados del siglo XX, y que es un progreso de impronta tecnológica) se dan la mano en esa escena de cierre y, como comenta el narrador, hay en ello algo así como la entrega de un bastón, ya que lo que ese gesto dibuja es a “dos generaciones que se despedían sobre el recuerdo de la vieja y gloriosa corbeta que, como el sargento, yacía anclada también ‘fuera de servicio’” (140).

Una última nota, sobre esa especie de continuación de la *nouvelle* que acabamos de comentar y que es *Los conquistadores de la Antártida*. Reaparecen en este otro libro de Coloane los dos hermanos de la obra anterior, desmintiéndose en esa forma el carácter definitivo que allí se le daba a su separación (también desaparece, como es lógico, la divergencia entre los programas de vida de uno y de otro). Pero más revelador todavía es que este segundo libro se aboque al relato de la preparación y la realización de un nuevo periplo, ahora hasta “el Polo mismo”, que es “donde terminan los meridianos que la limitan” [a la Antártida chilena, según el decreto 1747 de 6 de noviembre de 1940 del gobierno del presidente Pedro Aguirre Cerda y que se dictó después de que evacuara sus conclusiones una comisión especial de la Cancillería destinada a probar el dominio antártico chileno y a establecer los límites del territorio polar perteneciente a la República] (119)⁷. Esto significa que si en *El último grumete de la Baquedano* la corbeta de ese nombre hacía un reconocimiento del territorio nacional hasta llegar a la unión de los dos océanos, el Atlántico y el Pacífico, en *Los conquistadores de la Antártida* el cúter Agamaca prosigue con esa misma tarea y esta

⁷ En el decreto citado se lee que “Forman la Antártica Chilena o Territorio Chileno Antártico las tierras, islotes, arrecifes, glaciares (pack-ice) y demás conocidos y por conocerse, y el mar territorial respectivo, existentes dentro de los límites del casquete constituido por los meridianos 53, longitud oeste de Greenwich y 90 longitud oeste de Greenwich”. Abundó algunos años después en los antecedentes de carácter histórico, geográfico, jurídico, diplomático y administrativo del decreto de Aguirre Cerda, el ministro Raúl Juliet Gómez, canciller de Gabriel González Videla, en una exposición al Senado en sesión extraordinaria de fecha 21 de enero de 1947. Véase: República de Chile. *Soberanía de Chile en la Antártica*. Santiago de Chile: Imprenta Chile, 1948. Hoy el territorio antártico chileno corresponde a la XII región de Magallanes y la Antártica Chilena, dentro de la cual se incluye la Provincia Antártica Chilena con capital en Puerto Williams.

vez hasta dar con un nuevo confín. Chile termina ahora, de acuerdo a lo dispuesto por el presidente Aguirre Cerda, en la Antártida. De la Baquedano al Agamaca, en la primera mitad del siglo XX, las dos naves habrán trazado así, una detrás de la otra, el mapa total de una nación que se expande una vez más durante el decurso de una historia admirable. El fin posterior y catastrófico del cúter y las muertes del sargento Ulloa y el yagán Félix pueden leerse de muchas maneras, lo sé (también la demencia del sargento Escobedo al final del *El último grumete de la Baquedano*), pero cualquiera sea la lectura que nosotros hagamos de ellas lo definitivo es que esas muertes reintroducen en el relato el motivo de la inmolación sacrificial. El blanco y el indio han entregado los dos la vida formando parte del elenco protagónico de una hazaña que en el siglo XX remeda el *epos* de la conquista de América, solo que en esta ocasión no para el engrandecimiento de la España imperial sino para la gloria inmarcesible de la Patria republicana.

El último grumete de la Baquedano se publicó, como es sabido, en 1941, a tres años del triunfo del Frente Popular y meses antes del fallecimiento del presidente Pedro Aguirre Cerda. ¿Presintió Coloane la muerte del mandatario? *Los conquistadores de la Antártica*, su continuación, que apareció en 1945, da cuenta de ella de una manera puntual. Se recuerda allí a Aguirre Cerda con cariño y se lo elogia por haber agrandado “el alma y el cuerpo de Chile” (74). Por otra parte: ¿no están ambas obras haciéndose eco de la lógica histórica que determinó los destinos de nuestro país durante la mayor parte del siglo XX, lógica de “compromiso” político, como diría Tomás Moulian, y de la que las decisiones de Pedro Aguirre Cerda y mucho más las de sus sucesores hasta llegar al trienio de Allende ofrecen múltiples ejemplos? ¿Reafirmando de este modo lo inevitable del cambio histórico, *pero siempre y cuando ese cambio histórico se efectúe dentro del río de hierro de la continuidad?*

BIBLIOGRAFÍA:

- Coloane, Francisco. *Los conquistadores de la Antártida*. Madrid: Rodas, 1972.
- . *El último grumete de la Baquedano*. Santiago; Zig-Zag, 1977.
- Cornejo Polar, Antonio. “Para una agenda problemática de la crítica literaria latinoamericana: diseño preliminar” en *Sobre literatura y crítica latinoamericanas*. Caracas: Ediciones de la Facultad de Humanidades y Educación. Universidad Central de Venezuela, 1982, pp. 37-8.
- . “Mestizaje e hibridez: los riesgos de las metáforas. Apuntes”. *Revista Iberoamericana*, 180 (1997), 341.
- Droguett, Carlos. “Francisco Coloane o la séptima parte visible”. *Mensaje*, 235 (1974), 622.
- Horacio. *Odas-Epodos. Canto secular. Arte poética* (tr. y ed. Alfonso Cuatrecasas). Barcelona: Bruguera, 1984.

Lukács, Georg. *The Theory of the Novel. A historico-philosophical essay on the forms of great epic literature* (tr. Anna Bostock). Cambridge, Massachusetts: The MIT Press, 1973.

República de Chile. *Soberanía de Chile en la Antártica*. Santiago: Imprenta Chile, 1948.